

do que la vida no fuese bastante larga y la tierra bastante grande para lo que tenía que hacer y disfrutar; y resulta que á los pocos años, al volver aquí joven todavía, no deseo otra cosa más que ir á terminar mi juventud lejos de los rumores del mundo, en una quinta solitaria, con mi familia y mis libros. Muchas fatigas, algún placer, una satisfacción pasajera de amor propio, y nada más. Apenas emprendido el gran viaje, estoy ya en el camino del regreso. No aspiro á más que á la paz de la conciencia y de la vida. Ni siquiera siento la amargura del desengaño. Falsos amigos, falsas esperanzas, vanidad, glorias efímeras, menguados placeres y mezquinas pasiones de la vida hasta ahora vivida, los veo á mis pies y los contemplo sin ira y sin rencor. No desprecio, no acuso á nada ni á nadie, no me creo mejor que mis semejantes; no siento otra cosa sino una inmensa saciedad, un cansancio profundo, una necesidad invencible de soledad y de silencio. Quien ame el mundo, que se precipite en él, se abra camino, triunfe, brille y se embriague; la envidia no arrancará un suspiro á mi corazón. No le pido al mundo otra cosa más que un poco de verdor y un poco de aire, y á Dios la fuerza necesaria para resistir á la desesperación el día en que me quedara solo en la tierra...»

En aquel momento vi aparecer detrás de los cristales de una ventana un rostro cuyas facciones velaban los espesísimos copos de la nieve.

Me pareció que me miraba.

Entonces pensé que debía marcharme ó subir á dar la explicación de mi presencia en aquel sitio. Esta reflexión me dió ánimo para hacer lo que no me hubiera atrevido en un principio; pedir permiso para visitar el interior de la casa.

Salí del jardín, subí la escalera y llamé á la puerta, que abrió al momento una persona en cuyo rostro maravillado se

echaba de ver que me esperaba. Era el amo de la casa, hombre de unos cincuenta años, de expresión benévola; detrás de él daba cabezadas una señora de edad, de fisonomía dulce y triste, que parecía su mujer.

Dije mi nombre y expliqué mi deseo.

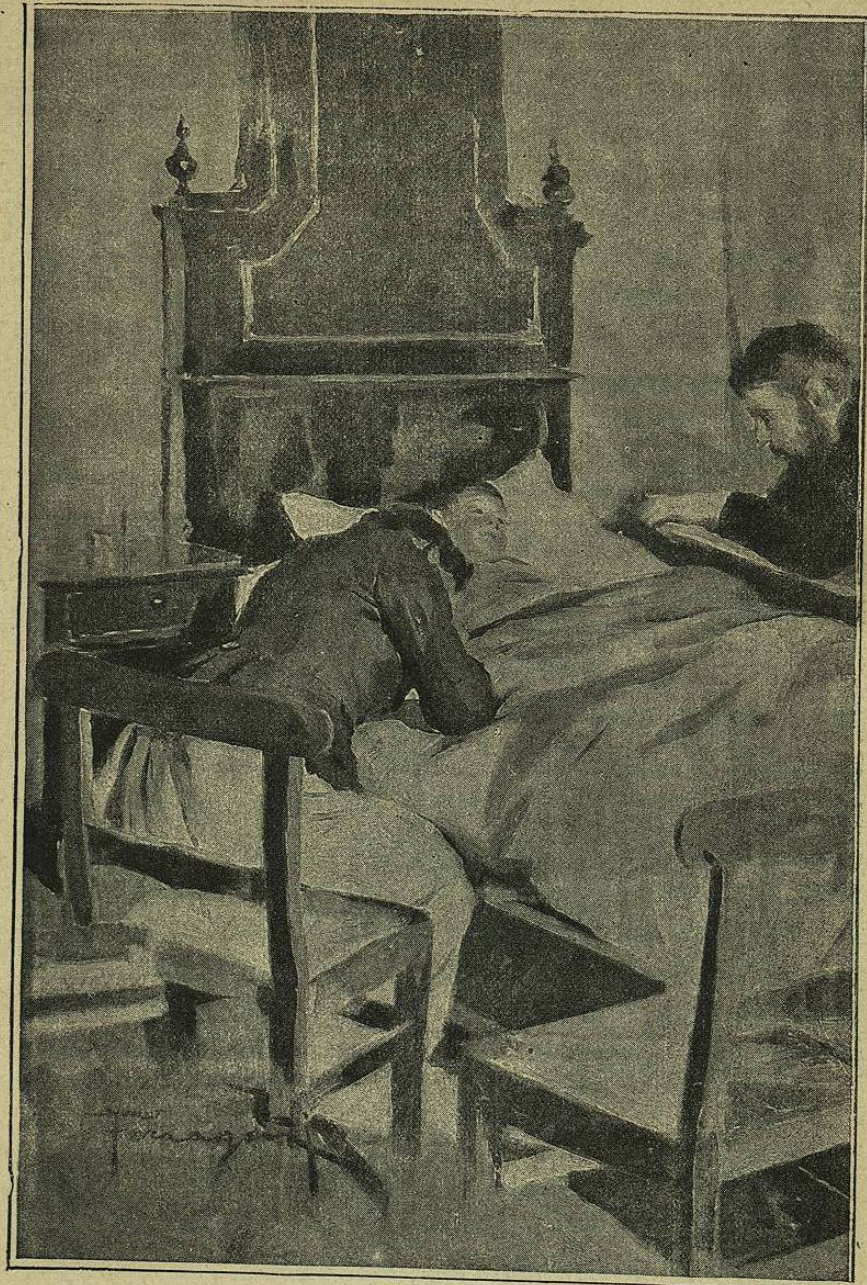
Mi nombre no era enteramente desconocido, mi voz conmovida explicó mis sentimientos mejor que las palabras, y se me invitó á pasar adelante.

Entré.

¡Oh queridas, benditas, inolvidables paredes de mi pobre casa! Aparte de ellas, todo había cambiado; pero en seguida reconocí cada rincón y todo lo vi en su puesto como en el tiempo de mi infancia. Mil voces me llamaban por todas partes á la vez. «¡Guillermo! ¡Guillermo! Está aquí, es él, ha vuelto, es el pequeño Guillermo. ¿Y la mamá? ¿Y los hermanos? ¿Dónde están? ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho?» Pero desde los primeros momentos la imagen de mi padre se sobrepuso á todas las demás memorias. Le veía aparecer en el umbral de todas las puertas, le oía andar por detrás de todas las paredes; estaba en todas partes; le veía como reflejado por cien espejos, en cien imágenes: aquí sentado junto á la mesa, ocupado en rayar mis cuadernos de escuela; allí apoyado en la chimenea en actitud de declamarme versos de Vondel; más allá colgando de la pared un cuadro en el que había puesto un croquis informe de batalla, trazado por mí á los cinco años y alabado por él como si fuera la revelación de un genio. Cada rincón, cada palmo de pared me recordaba un trabajo, un pensamiento, una costumbre de mi padre. Y cuanto más avanzaba por aquellas habitaciones alumbradas por la luz mortecina é igual del reflejo de la nieve, más viva se me presentaba su imagen, tanto que en ciertos momentos sentía escalofríos

como si al volverme de pronto debiese verlo de veras. Entré en el cuarto donde mi madre lanzó un grito desesperado cuando nuestro anciano médico, saliendo de la alcoba de mi padre, le dijo en voz baja: «¡Tenga usted valor, buena señora..., ha concluído!» Pasando por la habitación contigua, me vi á mí mismo, postrado en el lecho, moribundo del crup; mi padre, á alguna distancia, haciendo mi retrato con lápiz y enjugándose de cuando en cuando los ojos, y mi madre arrodillada á la cabecera de mi cama, con una mano mía entre las suyas y ahogando sus sollozos en las sábanas. ¡Cuántas imágenes, cuántas reminiscencias de enfermedades, de dolores, de miedos, de cuentos de hadas, de juguetes rotos, de vestidos viejos de mi madre y de mi hermana, que habían desaparecido de año en año de mi memoria! Al entrar en cada cuarto, me veía obligado á detenerme como para resistir á la impetuosa oleada de recuerdos que acudían á mi mente y la enseñoreaban. Una ventana de las últimas habitaciones me despertó una vaga reminiscencia de no sé qué rencilla, causa de muchas lágrimas, que tuve con un hermano mío, mayor que yo, muerto á los cinco años, y del cual no recuerdo más que los dos grandes ojos negros que me miraban siempre. De cuarto en cuarto, íbase aclarando mi memoria como para desprenderse de una niebla detrás de la cual me reaparecían los primeros albores de la inteligencia y de la conciencia, y comprendía por primera vez el por qué de muchas manifestaciones de mi carácter, confirmadas años y años después; y en aquel fondo luminoso de mi infancia se movían y se agrupaban confusamente las figuras del mundo vario y tumultuoso, conocido de adulto y de joven; perfiles elegantes de bellas patricias, cabezas gloriosas de poetas, rostros audaces y queridos de soldados, ciudades y mares lejanos, y cuartitos llenos de papeles y de libros, en don-

de yo había sudado y llorado, suspirando por mi madre; y sentía crecer en mi corazón un remordimiento no sé de qué, una tristeza, una desazón, un deseo de arrojarme al suelo y de llorar que me sofocaba. Llegué por fin á la última estancia. «Es nuestra alcoba,» dijo el dueño de la casa abriendo la puerta. Era la misma en que había muerto mi padre. Sintiendo que me faltaba el valor, me detuve en el umbral. Había columbrado una cama en el mismo sitio donde estuvo la de mi padre, y me parecía que todavía debía encontrarse allí, inmóvil y blanco, con el crucifijo en la mano entre dos blandones encendidos. El dueño de la casa comprendió y se hizo atrás discretamente. Penetré solo en aquella habitación y me arrodillé al pie de la cama. ¡Oh! ¡Nunca olvidaré aquel momento! Me pareció sentir en mi mano la mano helada de aquel pobre viejo; me pareció que en aquel momento acababa de expirar; acudieronme á la mente sus últimas palabras, sus últimos ademanes, su última mirada que me buscaba á mí, su Guillermito, el último de sus hijos, á quien dejaba en la niñez y del que hablaba siempre con pesadumbre en sus postreros días. Recordando entonces su larga vida de trabajo y de sacrificios, comprendí lo que valía aquel hombre; conocí todo lo que le debían mi corazón y mi mente; convine en que no le había querido lo bastante, que lo que yo había sentido hacia él era más respeto que cariño, que había sido injusto, ingrato, y le pedí perdón con las manos juntas, llorando copiosamente y besando el borde de la cama como había besado quince años atrás su mano inanimada. Pasé allí algún tiempo meditando, y en aquel momento se decidió la suerte de mi vida. Recobrado de la primera opresión de dolor, me pregunté por qué me quedaba tan gran tristeza en el corazón; por qué hacía tanto tiempo que me sentía como cansado de la vida; por qué, considerando el porvenir, lo



Me vi á mí mismo, postrado en el lecho, moribundo del crup

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

veía tan vacío y tan melancólico; por qué, hasta los más risueños recuerdos de mi infancia me amargaban el alma; qué habría debido hacer para reavivar mi juventud moribunda y para resucitar mis esperanzas muertas; qué me faltaba, qué nuevo género de vida habría debido emprender. Y entonces, desde todas las estancias de la casa, desde el jardín, el portal, el patio, las mismas voces que me habían saludado al entrar, me respondieron á la vez: «¿Y lo preguntas, Guillermo? Hay que reedificar el tiempo pasado, rehacer la casa antigua, ponerlo todo en su puesto, resucitar al pequeño Guillermo de otro tiempo y á sus hermanitos, recomponer los juguetes rotos, rayar de nuevo los cuadernos de la escuela y recitar versos de Vondel. Es menester empezar de nuevo el camino, Guillermo.» Mil veces se me había ocurrido ya esto; pero esta vez me lo decía mi casa, era un consejo que me daba mi antiguo jardín, era un ruego que me dirigía mi padre difunto, y por vez primera mi alma me respondió con un arranque de amor y de resolución. En un momento, como por encanto, se aclaró mi mente; todo me pareció en torno transfigurado; á mis labios acudió, como un grito de alegría, un nombre hacía mucho tiempo caro á mi corazón, y lo pronuncié tres veces: «¡Lijse! ¡Lijse! ¡Lijse!» mirando alrededor como si el espíritu de mi padre estuviera allí y me oyese; luego me levanté y salí de la estancia rejuvenecido, fuerte, sereno, con la frente radiante de la aurora de una nueva vida. Y mientras me despedía del amo de la casa, mientras volvía á pasar por las demás habitaciones, bajando la escalera, pasando bajo el emparrado, me pareció que las mil voces de la casa murmuraban en son de fiesta: «¡Adiós, Guillermo! Es él, es el pequeño Guillermo, que va á renovar el tiempo pasado, á rehacer la casa antigua, á comenzar de nuevo el camino! ¡Hasta la vista, Guillermo!» Y

cuando al llegar al extremo de la calle, me volví para mirar por última vez la casa, velada por los copos de nieve más y más espesos, y fijé la vista en la ventana del último cuarto, me pareció ver la imagen de mi padre que me bendecía, diciendo: «¡Adiós, Guillermito! ¡Bendito seas, hijo mío, que vas á construirme una nueva casa y á prepararme una nueva vida! Hasta la vista y pronto!» Y apenas llegué á Bois-le-Duc, corrí á ver al padre de Lijse con objeto de hacerle la petición tanto tiempo esperada.

Desde aquel día han pasado otros quince años, tengo cuarenta y cinco y la cabeza llena de canas. Pero he rehecho el tiempo pasado y se han cumplido casi todos mis deseos. Vivo en Deventer, en una hermosa casa que tiene un pequeño pórtico, un jardín con un cobertizo en el fondo y un largo emparrado. Desde el cuarto de la planta baja donde estoy escribiendo veo al pequeño Guillermo, que tiene diez años, alborotando en el patio con sus compañeros de escuela; veo á su hermanita Julia que riega las flores del jardín, oigo á mi primogénito Alberto que lee en alta voz en su cuarto del primer piso, y á mi buena Lijse que desde la ventana grita á Guillermo que no tome el sol del mediodía. Veo al pasante de latín cuando pasa por debajo del emparrado, veo el gato de la casa que se encarama por las parras, veo la anciana criada que vuelve del mercado con la cesta al brazo; los pájaros cantan en sus jaulitas verdes, las puertas se abren y se cierran, todo se mueve, todo habla, todo está lleno de contento y de vida, y todo me recuerda la casa antigua de Kalmert. Yo mismo echo de ver que he tomado poco á poco las costumbres de mi padre, su porte, sus movimientos y hasta el tono de su voz. Y á veces me forjo una ilusión extraña; me parece que en efecto soy él, rejuvenecido veinte años, y que mi espíritu ha pasado á ese

Guillermito que juega en el patio; y veo un tercer Guillermito que vendrá después, y otro que seguirá á éste, y así una fila interminable de Guillermitos que se pierde allá á lo lejos en un azulado horizonte, y me parece ser inmortal y feliz. Y sin embargo, muchas veces pienso en la muerte; pero no como en el tiempo de mi juventud, con un sentimiento de tristeza y de terror, sino tranquilamente, como trabajador que, satisfecho de sí mismo y sentado á una mesa alegre, piensa que más tarde irá á descansar de sus honrosas fatigas sobre un lecho no visitado por malos sueños. Sólo que siempre digo para mí: «Quisiera morir en primavera, en el último cuarto de mi casa, con la ventana abierta al jardín, mi Lijse al lado y todos mis hijos alrededor, con fuerzas para conocerlos, llamarlos por su nombre, abrazarlos uno por uno hasta el último momento y decir á todos con voz clara antes de cerrar los ojos: «Hijos míos, cuando tengáis treinta años y empecéis á sentirnos cansados de la vida, reconstruíd la casa y emprended de nuevo el camino.»

FIN